

as old by now. And while the rest could be cast as new readings of old tests, there is nothing in the collection that addresses this issues theoretically. My suggestion to readers is to consider this book a receptacle for a group of articles of extremely high quality, each interesting in its own right.

University of Missouri-Columbia

MICHAEL UGARTE

Francisco Umbral. *Los cuadernos de Luis Vives*. Barcelona: Planeta, 1996. 188 pp.

No puede menos que prometer mucho un libro de memorias de Umbral sobre el Valladolid de su infancia y adolescencia, especialmente cuando recibe en la contraportada un encomio editorial hiperbólico: «A partir de unos cuadernos escolares (sello Luis Vives)... Francisco Umbral ha escrito esta memoria total de la adolescencia y la provincia, definitiva por su interiorización de gentes y tiempos, flaubertiana como crónica de la provincia, obra maestra del primer memorialista español de hoy». La notable fotografía que ilustra la cubierta, una foto de la madre del autor tomada en 1935, año del nacimiento de su hijo, despierta la curiosidad, al igual que otras fotografías que se intercalan en el texto. Lástima que no veamos nunca las anotaciones del muchacho adolescente, sino que el arqueólogo de sí mismo (como se describe el autor maduro) las utiliza como secreto catalizador de sus memorias. Lo que va surgiendo es un relato tenue y escueto, frágil y deshilvanado, que no consigue sacar al pasado de una penumbra en que la alusión y los nombres, el adjetivo y los juicios melancólicos no substituyen la narración sostenida y detallada que una memoria «definitiva» hubiera requerido. Umbral nos da una clave de esta tendencia a la evocación en vez de a la creación de un mundo narrativo cuando afirma haber preferido en sus lecturas juveniles a los prosistas líricos, añadiendo, «No me interesaron nunca las historias» (134). Quizás la mejor descripción de estas memorias la provea el mismo Umbral: «Todo lo que he dado a la vida y la literatura son los escombros de la frustración de un poeta lírico» (170). Estos cuadernos tienen mucho de escombros líricos.

El texto comienza y acaba con una evocación de la madre del autor, primero como secretaria del Consistorio y luego en su lecho de muerte. Entre estas dos evocaciones fugaces, apenas apunta una figura que no acaba de surgir. Umbral observa que ha hablado de ella en numerosos otros textos y que quisiera dar aquí, «en este libro de las verdades» (14), la madre real. La tercera oración del párrafo en que intenta el retrato de su madre, sin embargo, comienza ya con «Yo» y pasa a contar como al acompañarla a su oficina Umbral podía ir a la biblioteca municipal que se encontraba en el mismo edificio. Sigue una descripción de esta

biblioteca, antes de que se describa el regreso a casa donde ella debe acostarse, al parecer (pues no hay detalles) luchando contra la tuberculosis. Más tarde (pp. 51-52) reaparece asistiendo a conciertos de música clásica, de los cuales gozaba intensamente mientras que su hijo se aburría. Otra imagen sobre ella es cuidadosamente desmañada, al hablar Umbral de su cuarto de enferma: «la recuerdo a ella, en su capilla aparte dentro de la catedral doméstica de la casa, o mejor la catedral de los días. Algo así» (149). Finalmente, en las últimas tres páginas se describe la muerte de la madre a causa de una fuerte gripe, interrumpiendo el memorialista la narración para contar como el médico se llamaba Félix, lo que le hacía gracia a Umbral por recordarle al Gato Félix. De lo que pueda haber sentido a la muerte de su madre o de lo que ella vivía por esa época, no dice casi nada. De todo ello no se desprende mucha luz acerca de la mujer ni la relación con su hijo. Todas las otras personas que van poblando las páginas de estas memorias reciben el mismo tratamiento reticente. Un índice onomástico recoge los 260 nombres mencionados fugazmente en el texto (aunque no aparece ahí el de Ana, la madre del autor). El apunte, el boceto, la viñeta y el esbozo son los géneros a que se acerca este libro, más que al retrato detallado y en profundidad.

De interés son las observaciones del autor sobre los escritores que tuvieron una figuración importante en Valladolid y se contentaron con ella, como Francisco Pino o Martín Abril, mientras que otros buscaron una fama más amplia en Madrid o París. La relatividad del tiempo cultural, la variedad de las instituciones de la literatura y la ansiedad que provoca la prioridad que reclama para sí la capital en la imaginación provinciana están bien descritas en *Los cuadernos* y han sido motivo de algunos de los mejores textos de Umbral en el pasado.

Estas memorias contienen numerosas afirmaciones que se presentan como destilaciones de la experiencia de Umbral, pero que sin duda resultan discutibles como verdades de alguna profundidad. Los ejemplos abundan. Juicios tales como «no hay gozos de la vida más que cuando se es muy joven» (83), o «el escritor es una de las formas más corroborantes de ser hombre» (102), podrían contradecir fácilmente. Es ingenioso pero inexacto, afirmar que «todas las explicaciones tranquilizan, aunque sean falsas, sobre todo las falsas» (153). Al recordar con afecto a una prostituta que lo inició en el sexo y a las mujeres elegantes que lo seducían a distancia, hace un elogio estrambótico: «gran dama y meretriz son la misma cosa... porque la una y la otra se instalan al margen de la mujer zoológica o de la vaca que muge en el atardecer» (46). Otra opinión sobre el mismo tema: «La mujer es muy narrativa (por eso hay tanta novelista femenina, y muy poca especuladora)» (104-5). El dandismo se tiñe aquí de misoginia: «La mujer cotidiana *vulgariza* el sexo» (43). Y de homofobia: «La homosexualidad también es *vulgar*» (34). Y todavía más arbitrario: «tenía el talento social de los homosexuales (sus dientes

verdes y sus ojos bizcos de rana) para estar en todo» (97). A veces se observa el espíritu de Ramón y las greguerías: «El olor es la música de las cosas sin música» (92); «La literatura... no es sino una masacre dulce que se hace a costa de la vida» (121). Estas opiniones, presentadas como verdades, dan de soslayo un negativo fotográfico del pensamiento del autor y tendrán interés para los especialistas en su obra, pero revelan también que este es un texto en que una realidad más compleja y profunda ha quedado sólo ligeramente sugerida sin llegar a realizarse.

Washington University in St. Louis

RADOLPH D. POPE

Savater, Fernando. *Contra las patrias*, Barcelona, Tusquets, 1996, 203 pp.

La colección de ensayos del profesor donostiarra publicada bajo el título *Contra las patrias* es una reedición parcial del libro del mismo título aparecido en 1984. En la presente edición se han añadido un prólogo y nueve ensayitos que van al final del libro. La prosa elegante, coloquial y fluida de Fernando Savater se pone aquí al servicio de una pasión ética, la de desconstruir las bases irracionales de todo nacionalismo. Los ataques irán, primero, contra la ideología nacionalista como tal y después, contra las españolas, incluida la vasca.

De los 30 ensayos del libro, el título *Las víctimas del patriotismo* (pp. 31-55) es el más extenso pero, al mismo tiempo, el más *intenso*; en él se presentan las tesis centrales de todo el volumen, constituyéndose el resto de los trabajos en comentarios, entre teóricos y anecdóticos, de las ideas contenidas en éste. Lo que hace de este trabajo el más emblemático de todos es la coexistencia de pasión y rigor, de erudición al servicio de un discurso argumentativo. Dicho ensayo (*Las víctimas del patriotismo*) es el texto de una conferencia pronunciada en San Sebastián a principios de los años ochenta para el *Movimiento por la Paz y la No violencia*, con el que el autor ha venido colaborando activamente. Comienza aquí Savater explicando los mecanismos psicosociales que conducen a la existencia misma del nacionalismo: «los hombres buscamos permanentemente un sentido a estar unos junto a otros, algo que trascienda al instinto gregario y sea espiritualmente más gratificante que la fuerza de las necesidades materiales» (31), de ahí a la sublimación de esa realidad simbólica (el «nosotros/lo nuestro») sólo hay un paso. La elaboración de esta forma de identidad grupal nos ayudará a sobrellevar «la imprescindible presencia de los otros (los otros próximos a mí, claro está) es también coactiva y dolorosa» (31). A partir de este a priori psico-social, la teoría y la praxis políticas, la religión, la historia, los mitos, etc., se manipulan en la construcción de un nosotros como *pueblo*, como *nación* y *patria*, después.

De los análisis antropológicos del nacionalismo como instinto social